

¿QUIERES QUE TUS HIJOS EMPIECEN A LEER?

UNA EXPERIENCIA TRANSMEDIA QUE COMBINA RRSS, WEB Y LITERATURA



COMPRA EL LIBRO
Y PARTICIPA EN EL SORTEO DE UN

CRUCERO

POR EL

Mediterráneo

PARA 4 PERSONAS



**¡TU OPINIÓN
TE PUEDE LLEVAR
MUY LEJOS!**

ARRANCA LA ÚLTIMA PÁGINA. RELLENA TUS DATOS,
CUÉNTANOS QUÉ ES LO QUE MÁS TE HA GUSTADO
DEL LIBRO Y ENVÍALO.

POR CADA EJEMPLAR FÍSICO, ENTRAS EN EL SORTEO
DE UN CRUCERO POR EL MEDITERRÁNEO
PARA 4 PERSONAS EN AGOSTO DE 2027.

NOMBRE Y APELLIDOS MARÍA GARCÍA LÓPEZ

EMAIL mariagarcia@email.com

TÉLEFONO 629 123 456

CIUDAD / PAÍS VALENCIA, ESPAÑA

¿QUÉ ES LO QUE MÁS TE A GUSTADO DEL LIBRO?
LA AVENTURA Y LOS MISTERIOS.

(Recorta, rellena y envía por correo postal dentro de la plástica indicada)

UN LIBRO.
UN VIAJE.
UN RECUERDO
para toda la vida.

LEE. SIENTE. VIAJA. PARTICIPA.

NO DEJES ESCAPAR ESTA OPORTUNIDAD

EL LIBRO PUEDE CAMBIARTE. EL SORTEO, TAMBIÉN. ♥

Highfields Academy - Plano General



Director del Centro: Dr. Hans Vogler.

Población Estudiantil: 192 alumnos.

Cuerpo Docente / Staff: 60 profesionales

(incluyendo personal médico, limpieza y seguridad).

Web: <https://highfields-academy.com>

Email: info@highfields-academy.com

Se ruega a todos los alumnos acceder a la web para estar al tanto de las novedades. Intentar acceder a la zona de profesores es una falta grave. **Si alguna persona consigue las credenciales de acceso de un profesor, debe reportarlo inmediatamente a dirección** y no utilizarlas ni difundirlas.

Si aún no te has matriculado en la academia, visita la web para completar tu registro, acceder a la tienda donde podrás comprar tu uniforme oficial y seguir a otros compañeros a través de sus redes sociales.

Prólogo

Tenía ocho años cuando los gritos desgarraron el silencio de la madrugada.

Se incorporó de golpe en su cama con los ojos abiertos enormes. El corazón le latía tan fuerte que podía sentirlo en el cuello, en las sienes, hasta en la punta de los dedos. Al principio pensó que había sido una pesadilla. Era normal tenerlas en aquel lugar. Los tres las tenían, pero nunca hablaban de ellas.

Lo escuchó de nuevo.

Otro grito.

Reconoció la voz al instante. La había escuchado cientos de veces en juegos y peleas de hermanas.

Ekaterina.

Saltó de la cama y corrió descalza hacia la pequeña ventana de la puerta blindada. El suelo de hormigón estaba helado, pero no le importó. Las sensaciones podían ser ignoradas como le habían enseñado.

Se asomó con la frente apoyada en el vidrio al que apenas llegaba, pero no vio nada. Se movió buscando el ángulo que le permitiese observar más allá.

Había alguien a la izquierda, junto a la puerta de su hermana.

Entonces lo vio.

Una figura muy grande. De piel oscura que apenas se distinguía entre las sombras del pasillo. Era un hombre que llevaba algo que se retorció entre sus brazos.

Golpeó el cristal con las palmas de las manos mientras gritaba.

—¡Ekaterina! ¡EKATERINA!

Su voz se perdió en el eco de doce metros cuadrados.

Sujetó la manilla con las manos temblorosas e intentó abrirla una y otra vez sin conseguirlo. Sabía que los dormitorios estaban sellados con

cerraduras electromagnéticas que solo los instructores podían desactivar, pero aun así seguía intentándolo.

Apretó los labios y golpeó la puerta de la habitación una vez más.

Habitación, pensó. La palabra correcta era otra.

Jaulas.

Contenedores para los pequeños experimentos.

Volvió a tirar repetidamente de la manilla, golpeó la puerta con las palmas de sus manos y gritó hasta que la garganta comenzó a dolerle.

No hubo respuesta.

Las piernas le fallaron, las pequeñas rodillas se doblaron y cayó al suelo con los ojos llenos de lágrimas. El frío del hormigón traspasó su fino pijama, pero no le quedaban fuerzas para moverse. Solo se abrazaba a sí misma mientras temblaba sin parar, rogando despertarse de aquella pesadilla.

Permaneció allí tirada durante toda la noche.

Repetía el nombre de su hermana en voz baja.

Una y otra vez.

La puerta no se abrió hasta muchas horas después.

Cuando lo hizo vio entrar a Gordon acompañado de varios hombres con batas blancas. Tenía unos treinta años, pero aquella mañana parecía haber envejecido una década. Sus hombros estaban hundidos y sus ojos se veían enrojecidos y húmedos.

Había estado llorando. Era la primera vez que veía a un adulto hacerlo. Pensaba que solo los niños podían.

Se arrodilló frente a ella sin decir nada. Solamente la observó. Vio cómo abría la boca y la cerraba, como si no fuese capaz de encontrar las palabras que quería pronunciar.

Finalmente, tomó sus manos con delicadeza y notó cómo sus dedos, siempre firmes, ahora temblaban. Aquel hombre, que era lo más parecido a un padre que había conocido, estaba roto.

Completamente roto.

La miró a los ojos y habló.

—Hemos encontrado a Ekaterina —explicó en voz baja—. Alguien la sacó de su habitación durante la noche.

Lo observó en silencio, luchando por procesar las palabras. Ella ya lo sabía, lo había visto, había querido avisar, hacer algo, pero nadie la escuchó, nadie vino a ayudarla.

—¿Está bien?

Él apretó los labios y bajó la cabeza. Una lágrima resbaló por su mejilla y cayó sobre las manos entrelazadas de ambos.

—La han golpeado hasta... —su voz se quebró.

Abrió los ojos de par en par mirando hacia la puerta abierta. Quiso correr, salir a buscarla, verla para poder entender, pero la voz de Gordon desvió su atención.

—No sabemos qué ha pasado —le explicó—. No solo es tu hermana. No encontramos a Vanya por ninguna parte, ha desaparecido.

Su único amigo. También él.

Un vacío se hizo en el interior de su pecho, enorme. Un agujero negro que se lo tragaba todo, que le hacía sentir que el suelo desaparecía bajo sus pies y solo dejaba miedo e impotencia.

—Tenías que cuidarnos —le susurró—. ¿Dónde estabas?

Gordon sujetó sus manos con más fuerza. Su mandíbula se tensó y vio algo en sus ojos que no entendió.

—Lo siento —apenas le salió un hilo de voz—, pero te juro que averiguaremos quién ha sido el responsable.

Arrodillada en el suelo de su habitación, con las manos de Gordon sujetando las suyas, dejó de llorar por su hermana asesinada y su amigo desaparecido.

Sabía lo que tenía que hacer.

Se puso en pie y tras soltarse, apretó los puños.

Bajó la cabeza, cerró sus párpados y respiró hondo. Recordó las lecciones de los instructores y comenzó a desfragmentar su mente como le habían enseñado, esta vez sin detenerse hasta completar el proceso.

Cuando volvió a levantar la vista, ya no sentía nada.

Escuchó a uno de los científicos susurrar desde la puerta.

—Ha completado el programa «Bisturí».

Giró la cabeza despacio hacia él, evaluándolo. Notó cómo se encogía. Pudo sentir su miedo. Sonrió.

Gordon la sujetó por los hombros y le dijo:

—A partir de hoy serás otra persona, con un nuevo nombre.

Volvió la mirada lentamente y tras unos segundos habló.

—Mi nombre es Nova.

Capítulo 1

Cambio Horario

Levantó la vista hacia el cielo. Casi era de noche. El tráfico de la arteria principal llegaba a sus oídos como un zumbido sordo, imperceptible frente al susurro de los árboles. Suspiró y lo observó. Estaba sentado a su lado en un banco de madera, dentro de un diminuto parque que sobrevivía como reducto de calma al norte de la Castellana.

—Perfecto, un gran trabajo.

—Gracias, señor —respondió al escuchar la felicitación—. Ha sido agotador.

Se estiró para desentumecerse, pensando que al menos no había tenido que cruzar ciertas líneas innegociables. Su lencería de *Victoria's Secret* era el límite; había cosas que no estaba dispuesta a enseñar, aunque la estabilidad mundial dependiese de ello.

Malditos hombres.

¿Cómo podía un tío de cuarenta años ser tan ingenuo, para pensar que un bombón como ella se fijaría en un casado? ¡Un tipo con la barriga del tamaño de un bidón de petróleo!

Sin embargo, por mucho que gustase, nunca se había sentido cómoda con su estatura. Le hubiese encantado ser más alta. Pero sabía que precisamente por ese motivo la usaban para estas misiones. Porque parecía más joven. Siempre el mismo rollo, como el año pasado en Londres.

Sintió un escalofrío.

Ay, no, no quiero saber nada de Londres, qué mal rollo, pensó.

Dejó de darle vueltas a su aspecto y contempló de reojo, con un poco de reverencia, al único hombre que respetaba.

Gordon había sido su guía desde que, con cuatro años, la sacó de una casa de acogida en Rusia y se ocupó de ella. Vestía un traje impecable y emanaba un porte autoritario, capaz de mantener a raya a cualquiera.

Sostenía entre sus manos un periódico, cuyas páginas centrales leía con atención.

Estiró el cuello para curiosear.

Se había parado en la sección de noticias nacionales. Destacaba la de un político reconocido que protagonizaba el titular de la vergüenza: una serie de infidelidades grabadas en vídeos que se habían viralizado en las redes sociales. En el último aparecía seduciendo a una chica rubia que a duras penas rozaría la mayoría de edad.

Negó con la cabeza y se preguntó por qué las personas con poder, teniéndolo ya todo, se arriesgaban de forma tan estúpida.

Un enigma que seguía sin comprender.

—Aquí tienes —habló Gordon mientras sacaba un sobre de un maletín negro—. Tu próxima misión. Necesito que te pongas en marcha lo antes posible.

Lo cogió y lo guardó en la mochila.

Vaya tela, ni un par de días para descansar. Esto de ser única a veces es un asco.

Él se puso en pie dispuesto a marcharse, pero le sujetó la manga de la chaqueta.

—Señor, ese hombre, que es un cerdo integral, por cierto. —Carraspeó antes de seguir—. Tiene dos hijas de mi edad.

—¿Y cuál es el problema?

—Que no puedo evitar sentirme mal por ellas. Seguro que sus padres acaban divorciándose y liándose la de Dios.

—Lo sé, pero no teníamos alternativa. —Apretó el periódico mientras hablaba—. Era un corrupto. No se merecía su posición, ni el poder que podía llegar a ostentar algún día.

—No, si ya —murmuró.

Bajó la cabeza, mirando al suelo.

—Nova, sé que a veces es complicado. —Se acercó y acarició sus cabellos—. Entiendo perfectamente que te sientas así.

Hizo una pausa deliberada y desvió la mirada hacia el frente, donde las cuatro torres brillaban contra el cielo nocturno como gigantes de cristal y acero.

—Este mundo cada día es más complejo —continuó—. Ojalá hubieses estado en esto conmigo en los noventa. Sin internet, ni móviles, ni GPS, ni toda la cacharrería que hay ahora. Habrías disfrutado cada segundo. —Esbozó una ligera sonrisa—. Vete a casa, ponte una peli horrible de esas que tanto te gustan y descansa.

—Pero, ¿y la nueva misión? Acaba de decirme que no hay tiempo que perder.

Gordon le dedicó una media sonrisa antes de responder.

—Olvida eso ahora. No es más que un rastreo; considéralo como unas vacaciones, que bien te las mereces, aunque nunca las puedas disfrutar. —Sus miradas se cruzaron durante unos segundos—. Lo de esta semana... No volveré a meterte en algo así nunca más, te lo prometo.

Torció el morro disconforme. Tenía una lista enorme de promesas incumplidas desde hacía un tiempo, empezando por encontrar al responsable de la muerte de su hermana.

—Y aunque es cierto que el tiempo apremia —siguió hablando él—, no va a pasar nada porque descanses lo que resta de día y salgas mañana a primera hora.

—Entendido —respondió—. Gracias, señor.

—Adiós, Nova.

Le vio alejarse hasta el aparcamiento, donde se subió a un coche gris plateado y desapareció.

«Vete a casa» era una orden directa. Sofá, la película de *Viuda Negra* y ver a la Johansson haciendo posturas imposibles. El plan no sonaba mal; una *radler* y palomitas de caramelo lo harían perfecto. Pero primero un baño con espuma y música.

Alzó la mirada hacia la silueta del Hotel Eurostars Madrid.

Parecía un monolito que rezumaba lujo por todos lados. Una fortaleza de exclusividad para los más privilegiados.

Recordó las vistas desde la suite. La hipnótica cuadrícula de luces de la capital la había dejado absorta. Un aroma embriagador inundó sus sentidos mientras lo contemplaba todo desde las alturas.

Por un momento se imaginó siendo libre.

Pero solo duró un instante.

El tiempo que le dejó el idiota que había seducido antes de empezar a quitarle el vestido. Ni siquiera se dio la vuelta para mirarle. Le repugnaba. Solo apretó los puños deseando que el narcótico hiciese efecto lo antes posible.

Suspiró e intentó apartar su mente del recuerdo.

Un brillo cruzó sus ojos.

Con un gesto rápido abrió la mochila y sacó el sobre.

Desplegó el material sobre sus rodillas y comenzó a examinarlo: un billete de avión en clase preferente a Estados Unidos con fecha abierta, una autorización *ESTA* vinculada a su perfil digital y un pasaporte de cuero granate. Pasó la primera hoja y vio su fotografía, con sus enormes ojos azules bajo un nombre falso. Asintió satisfecha. Tenía todo lo necesario para salir del país sin levantar sospechas, simulando ser una estudiante de intercambio.

Entre los documentos descansaba un expediente sujeto por un clip metálico. Lo separó y empezó a leerlo.

Al llegar a las fotografías centrales y ver los restos del cuerpo, se le cortó la respiración; tuvo una arcada y estuvo a punto de vomitar.

Cuando se recuperó, examinó la siguiente imagen. Mostraba un emblema desfigurado por jirones y manchas de lodo, con los hilos dorados de los laureles deshilachados. El lema en latín apenas era legible bajo una costra de suciedad. El tejido azul presentaba desgarros violentos que atravesaban el bordado.

Cerró la carpeta dándole vueltas a la cabeza.

En Estados Unidos sobran rastreadores y cazadores que podrían haberse encargado del asunto. Entonces... ¿por qué ella?

—Unas vacaciones, ja —susurró para sí misma, recordando las palabras de Gordon.

El concepto de vacaciones del resto del mundo —hoteles de lujo, selfis en la playa y rutas programadas—, era solo otra forma de ruido, un escaparate de gente esforzándose por parecer feliz.

Fantaseaba con algo sin itinerario ni rostros conocidos, en una isla perdida en algún punto ciego del mapa. Arena blanca en la inmensidad del océano, donde el único idioma fuera el de las olas contra la orilla.

Al imaginarse en aquel lugar, emitió un sonoro bufido antes de susurrar:

—Deja de soñar, Nova. Venga, arriba y para casa, que te espera la bañera.

Guardó el sobre y se levantó del banco.

Su mentor le había dicho que descansara, que saliera mañana a primera hora. Pero algo no terminaba de encajar. Sacó el expediente de nuevo y revisó la primera página bajo la luz de la farola.

Hallazgo: Grand South River, Archie, Misuri. 29 de agosto, 09:15 AM.

Viernes por la mañana, hacía poco más de unas horas.

Restos en custodia: Jackson County Medical Examiner.

El pulso se le aceleró.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Cogió su móvil y buscó vuelos a Kansas City. El siguiente salía esa misma noche con escala en NYC. Llegaría a su destino el sábado a las siete de la mañana.

Aún no habrán tomado muestras. Bendito cambio horario, pensó llevándose una mano a la frente.

Metió la carpeta en la mochila otra vez y echó a correr hacia el metro.

—¡Vamos! Que no puedo perder ese vuelo —gruñó mientras esperaba en el andén.

Capítulo 2

Husmeando

Detuvo el coche de alquiler frente a un edificio alargado de tonos arena y franjas marrones que podría haber pasado por un almacén. Sin embargo, las letras grises grabadas sobre la pared no dejaban dudas: *Jackson County Medical Examiner*.

Bajó, se ajustó la chaqueta del traje y avanzó por el pasillo de baldosas blancas. Se había comprado un conjunto de raya diplomática alucinante en el *duty free* de Barajas y proyectaba una autoridad que contrastaba con sus veinte años.

Aun así, sabía que tendría movida en cuanto abriese la boca.

—Oye, niña, esto no es un *set* de rodaje ni una broma de instituto, circula —soltó el celador sin levantar la vista de su café.

Lo que había intuido, la misma historia de siempre.

Con profesionalidad, deslizó su placa sobre el mostrador y desplegó la orden judicial con un movimiento seco. El hombre se acomodó las gafas y se encogió al leer las siglas *FBI*; se apresuró a abrirle la pesada puerta de acero, permitiéndole el acceso al área de los depósitos.

Si pudiese dar una colleja cada vez que me pasa esto, tendría más callo en la mano que un marinero, pensó mientras pasaba al interior.

Con un tono frío que no admitía réplica, exigió que preparasen los restos para su traslado inmediato.

—¿Qué quiere qué?!

Soltó el forense con el ceño fruncido.

Ale, segunda parte. Este debe de ser primo del idiota de antes. Estuvo a punto de lanzar un sonoro suspiro. No lo hizo porque debía mantener su fachada de agente del *FBI* cien por cien real.

—Prepárelos lo antes posible —exigió.

Hubiese añadido un «por favor» al final, pero sabía que le iban a poner pegas igualmente.

—Las cosas no se hacen así, señorita. —Se irguió, intentando recuperar algo de autoridad—. Un sábado no se retiran restos. El lunes, después de tomar muestras, pasa usted y...

—Tome —lo interrumpió.

Extrajo de su maletín un documento y se lo tendió. Era una orden federal, sellada y firmada, tan inapelable como un veredicto divino.

El forense leyó las líneas, sintiendo cómo su indignación se evaporaba con cada palabra. Apretó la mandíbula y devolvió el papel con un gesto seco.

—Estarán preparados en diez minutos —masculló entre dientes.

Muy bien, campeón, así me gusta, respondió sin hablar.

Mientras se dirigía hacia la sala refrigerada, le escuchó maldecir al condado de Cass por no tener depósito de cadáveres propio. Al parecer, siempre acababan cargándolos a ellos con sus marrones.

Una hora después, con la primera parte de su misión cumplida, la agente Johnson del *FBI* condujo sesenta y cuatro kilómetros y entró en la oficina del Departamento de Policía de Archie.

Notó el olor a café recién hecho y a algo prohibido. Bajo el aroma tostado, casi imperceptible, se escondía un rastro de tabaco. Alguien fumaba allí de vez en cuando.

Las normas no están hechas para la antigua América profunda, ironizó en su cabeza.

Tras una mesa de despacho, el *sheriff* Don Garret la recibió con una mirada que la repasó de arriba abajo. Era un hombre de unos cincuenta años, con la piel curtida y unos ojos pequeños que seguramente habían visto demasiadas infracciones de tráfico y pocas sorpresas.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —preguntó.

—Buenos días. —Trató de proyectar una voz más grave mientras enseñaba su identificación—. Agente Johnson, del *FBI*.

El *sheriff* no se movió. Apoyó los codos sobre la superficie, haciendo que el cuero de su cinturón crujiese.

—¿FBI? ¿Tú? —repitió con ironía pesada—. Escucha, niña, hacerse pasar por una agente federal con una identificación de juguete es un delito muy serio. Si esto es un reto de *TikTok*, mejor date la vuelta ahora mismo.

Mantuvo la mirada y sintió un calor subirle por el pecho. Le quemaban las ganas de reprender al *sheriff* por permitir que se fumase en la comisaría, pero no iba a perder el tiempo con un tipo al que no vería nunca más.

Construyó unas frases sencillas, al alcance de aquel cromañón, y habló.

—Entiendo que mi apariencia pueda generar dudas —sacó un sobre de su maletín—, pero aquí tiene una carta del jefe del condado, el señor Browning. —Don Garret abrió los ojos de par en par—. El tiempo es oro para mí, así que si me puede indicar el camino hasta la estación de bombeo donde aparecieron los restos, me iré igual de rápido que he venido.

El hombre la cogió, mirándola como si fuera un objeto alienígena. Sus ojos recorrieron el texto y acabó lanzando un bufido.

—Si los mandamases piensan que enviar a una niña que apenas llegará a los pedales del coche para investigar es buena idea, no seré yo quien les lleve la contraria.

—Sería un detalle por su parte —el tono fue cortante—, ahorrarse este tipo de comentarios.

—Lo siento, señorita —se disculpó sin ganas—. Le explico. Unas dos millas río abajo, el Grand South empieza a serpentear en unos meandros. Para llegar hasta allí... —El *sheriff* dudó un momento—. Déjelo. La acompañaré. Sígame con su coche, pero no pienso quedarme para ayudarla. Tengo un montón de trabajo aquí.

Miró a su alrededor e hizo una mueca. ¡Allí no había nada que hacer aparte de mirar la pared!

—Eso no será un problema —respondió.

Subió al coche de alquiler y siguió al *sheriff*.

El trayecto fue corto, pero el paisaje se transformó completamente: las casas de Archie dieron paso a campos enormes bajo un cielo nublado. Al llegar, Garret señaló hacia un camino de grava, realizó un cambio de sentido y regresó al pueblo sin despedirse.

Siguió las indicaciones hasta la orilla del río. Los guijarros crujían bajo los neumáticos y rompían el silencio de la llanura. Aparcó y sonrió al recordar las botas de PVC que había comprado en un *Dollar Tree*. Se las puso y bajó a inspeccionar la zona.

Observó cómo el agua corría lenta, de un color café con leche. Tras recorrer unos doscientos metros, divisó los meandros que había mencionado el *sheriff*. Allí encontró las grandes rejillas que filtraban el agua antes de la succión. Estaban relucientes. Se notaba que las acababan de sustituir.

Se estremeció al pensar en acabar troceada por las turbinas, como lo que llevaba en el maletero. Rogó por que aquella persona hubiese estado muerta antes de llegar; de lo contrario, habría sido un final terrible.

Negó con la cabeza al ver el resultado de la inspección: era un callejón sin salida.

Decidió probar desde otra perspectiva. Se alejó de la orilla embarrada y comenzó a trepar por un pequeño terraplén, ayudándose de las raíces para no resbalar.

Al coronar la subida, el paisaje cambió. Se encontró en un claro de hierba alta que desembocaba en la parte trasera de una casa de madera blanca. Se detuvo unos segundos para calcular distancias. Estaba cerca de la estación de bombeo. Quizás los residentes habían visto algo. Valía la pena preguntar.

Empezó a caminar hacia la vivienda, pero no tuvo tiempo para dar más de tres pasos.

La puerta mosquitera del porche se abrió con un chirrido y un tipo fornido de unos cuarenta años salió al exterior.

—¡Eh, tú! ¡Chica!

La voz sonó como un trueno antes de la tormenta.

—¿Se puede saber qué demonios haces husmeando en mi propiedad?

Capítulo 3

Recuento de Alumnado

El hombre avanzaba hacia ella como un búfalo desbocado: peto vaquero, camiseta descolorida y una gorra estrujada en la mano. La otra descansaba cerca de una funda de cuero que seguramente escondía un revólver. Se detuvo, levantando las manos para demostrar que no era una amenaza. Comparado con este, el *sheriff* le parecía ahora un ser de lo más civilizado.

Acortaba distancias con paso rápido, con el rostro surcado de arrugas y enrojecido por una mezcla de esfuerzo y enfado. Su mano derecha seguía peligrosamente cerca del arma. Calculó la probabilidad de que sufriera un infarto, pero sabía que la gente de campo era dura, curtida de sol a sol, y su capacidad de razonamiento rara vez superaba una charla sobre fertilizantes.

La lógica no funcionaría con alguien que primero dispara y luego pregunta, así que recurrió a su mejor baza. En lugar de retroceder, fingió que las rodillas le flaqueaban y se desplomó. Se cubrió la cara rompiendo en un sollozo desgarrador, esforzándose en una actuación impecable: la imagen de una chiquilla rota y asustada.

El granjero frenó en seco. Su furia se evaporó, reemplazada por la incomodidad torpe que sienten los tipos duros ante las lágrimas de una chica que podría ser su hija. Apartó la mano de la cadera y dio un par de pasos cautelosos.

—Oye, eh, vamos, chica —balbuceó, rascándose la nuca con la gorra—. No era para tanto. Solo es que hay mucha gente por aquí últimamente.

Levantó la cara, con los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas. Se sorbió la nariz, ofreciendo una imagen de absoluta vulnerabilidad.

—Lo siento —logró decir entrecortadamente—. Es que mi hermano... Mi hermano es el chico del colector de agua y solo quería... Yo... no puedo...

El hombre suspiró, y toda su postura defensiva se desmoronó. Estrujó la gorra entre los dedos, mirando hacia el Grand South.

—Solo buscaba algo —continuó, abrazándose las rodillas—. Su mochila, una prenda, cualquier cosa que me ayude a entender qué le pasó. No quería molestarle, de verdad. Desde que nuestros padres murieron, él era lo único que me quedaba y yo...

El hombre volvió la vista hacia la casa y luego de nuevo a ella. La sospecha en sus ojos se había transformado en compasión, aunque todavía quedaba un rastro de inquietud.

—Escucha, hija —habló en voz baja, agachándose un poco—. Oí lo de ese chico, fue brutal, muy feo. Pero este no es un buen lugar para que una jovencita como tú esté sola. El río puede resultar peligroso.

Tras presentarse como Jonathan, la ayudó con una delicadeza que contrastaba con su brusquedad previa. Sus manos rudas sostenían el brazo de la chica como si fuera de cristal. La condujo a la casa y, al cruzar el umbral, el aire de las praderas fue reemplazado por un olor a madera vieja, cera y canela.

Allí los recibió Martha, su mujer, de cabello blanco recogido en un moño perfecto y ojos azules de amabilidad genuina. Al ver el rastro de lágrimas en su cara, su instinto maternal se activó. La guio a la mesa de roble en la cocina y le entregó una taza de té humeante.

El calor del recipiente le permitió bajar la mirada y mantener su papel. Examinaba la vivienda pensando que vivir en aquel aislamiento la volvería loca.

—Pobrecilla —susurró Martha, sentándose—. No es justo que estés pasando por esto tú sola.

Jonathan se sentó frente a ellas, jugueteando con su gorra. Bebió un sorbo, fingiendo recuperar el aliento.

—Antes dijo que había mucha gente por aquí últimamente. ¿A qué se refería? —preguntó con voz suave.

El granjero cruzó los ojos con su esposa e inclinó el cuerpo sobre la mesa.

—Los hombres del *sheriff* y también esos idiotas de la radio KFM que vinieron a entrevistarnos —hizo una pausa para rascarse el mentón—. Además, puede que no sea nada, este es un pueblo tranquilo y a veces uno ve fantasmas donde no los hay. Pero el viejo Harris contó algo anoche en el bar. Había visto un todoterreno oscuro, de esos grandes y caros, aparcado junto a la valla de la estación.

Dejó la taza con cuidado.

—¿Grande? ¿Como un Tahoe? —preguntó, intentando que su corazón no se acelerara.

—Creo que sí. Aquí nadie tiene un coche de esos, somos más de *pickups*.

Martha le puso una mano en el brazo, tratando de consolarla.

—No sabemos si tiene algo que ver, cariño. Quizás solo sea una casualidad.

—Ya le dije a Harris —añadió Jonathan— que seguramente sería personal de *Lewis & Clark Regional Water System*.

Se despidió de los Kent con gratitud y tristeza fingidas. Martha la acompañó mientras su marido se quedó en el porche observando el horizonte.

—Cuídate, hija. Y hazme caso, no te acerques demasiado al cauce —le advirtió el hombre—. Es peligroso.

Asintió y caminó hacia su coche. Al alejarse de la casa y pisar la grava, su postura cambió. Sus hombros se enderezaron y sus ojos recuperaron un brillo analítico; la vulnerabilidad desapareció. Antes de subir, miró hacia el agua. Tenía los restos de alguien en el maletero, probablemente uno de los suyos. Observó un puente lejano; una caída desde allí garantizaría una muerte segura. La corriente arrastraría el cadáver hasta las rejillas, contaminando el suministro de todos los vecinos.

Joder, qué puto asco, pensó.

Analizó el mapa mentalmente: el río pasaba por debajo de la interestatal que venía desde Kansas City y continuaba hacia el sur.

—Solo se me ocurre una cosa —susurró para sí misma.

Subió al vehículo, sintiendo el pulso en la yugular. Bloqueó las puertas y sacó un teléfono de prepago sin SIM registrada. Redactó un SMS codificado y lo envió:

«Solicito información traslados 28/08/2025».

La respuesta fue inmediata:

«Su nivel de seguridad no permite acceder a la información solicitada».

Probó de nuevo.

«Información de los registros de Highfields. Recuento alumnado».

Otro bofetón digital:

«Su nivel de seguridad no permite acceder a la información solicitada».

—¡Su puta madre! —exclamó, golpeando contra el salpicadero.

Se la jugó con su última carta enviando un mensaje a otro terminal.

«Llámame. Urgente».

Tras diez segundos de tensión bajo el zumbido de la estación de bombeo, el teléfono vibró.

—Señor, soy Nova. —Intentó ocultar su nerviosismo—. Estoy sobre el terreno en Archie; con lo que tengo, me hago una idea de lo que ha podido pasar.

Resumió su teoría rápidamente. El silencio al otro lado volvió el aire pesado.

—Sé lo que estoy diciendo y sé que es una puta locura —continuó, apretando el volante—, pero ¿podría ponerse en contacto con Highfields y pedir un recuento del alumnado? Solo le pido, por favor, que compruebe si falta un alumno.

—Lo ordené esta mañana —escuchó por el altavoz del móvil.

Sintió que el aire abandonaba sus pulmones.

—¿Señor?

—El censo está bien —informó Gordon—. Todos los activos, menos cuatro que aún están en tránsito, están en Highfields.

Miró el agua turbia del río.

—¿Y entonces quién es el tetris que tengo en el maletero?

—¡Nova!

—Uy, perdón —se disculpó.

—Estoy esperando el informe de un rastreador que está siguiendo una pista en *Rushmore* —explicó Gordon—. Te llamaré en cuanto lo tenga.

La llamada se cortó. Frunció el ceño ante el aparato.

¿Cómo esperaba que hablase? Desde los ocho años entrenando con tíos de Europa del Este que lo más bonito que sabían decir era «si se sigue moviendo, le revientas los huevos». Pues al final todo se pega, menos la hermosura.

Pero eso ya lo llevo yo de serie.

Rio divertida al pensar en esto último.

Entonces recordó una parte de la conversación y abrió los ojos de golpe.

—¿Qué leches hace un rastreador en *Rushmore*?

Se llevó las manos a la boca.

¡Hostias! Ya lo tengo.

Capítulo 4

Highfields Te Espera

A primera hora de la mañana, giró el volante de su sedán alquilado para entrar en el inmenso *parking* de un *Walmart*. Solo eran las nueve, pero el supermercado ya mostraba el habitual caos cotidiano.

Al apagar el motor, el silencio le produjo un escalofrío. No había dormido. Llevaba horas dándole vueltas a lo mismo: si tenía razón —y la tenía, vaya que sí— el problema era mucho más gordo de lo que nadie se atrevería a admitir. Se miró en el retrovisor, ajustándose la chaqueta y, comprobando que iba bien peinada, se bajó del coche.

Se llevó la mano a la nariz en cuanto lo percibió. El olor a fritanga de la comida rápida barata.

¡Pero por el amor de Dios, si todavía no es la hora de comer!

Recorrió con la mirada las filas de coches y entonces lo vio. Un Tahoe negro de cristales tintados estaba aparcado en la zona más alejada del aparcamiento. Junto a él, una figura familiar que, a pesar de estar en mitad de Misuri, vestía con la misma elegancia que la última vez que lo vio en Madrid apenas dos días atrás.

Míralo, parece que el parking sea suyo, pensó mientras se acercaba.

Gordon no se movió hasta que ella estuvo a tres metros, momento en el que abrió una de las puertas traseras del Tahoe y le indicó que subiese.

Él ocupó el asiento del conductor.

—Señor, yo... —habló en cuanto la puerta delantera se cerró.

—Primero lo primero —interrumpió él—. ¿Has podido dormir algo?

—Cero punto cero. No he pegado ojo —explicó—. No me lo saco de la cabeza, pero no hay por dónde cogerlo. ¿Qué dicen los de análisis?

—Nada, no he hablado con ellos.

—¡¿Cómo?! —Abrió la boca, atónita.

—¿Tú te das cuenta de lo que está pasando, Nova? —respondió él—. No me puedo fiar de nadie.

Se hundió en el asiento, sintiendo cómo el cansancio acumulado de una noche en vela se mezclaba con una punzada en su pecho. Su jefe, que siempre parecía imperturbable, el tipo que se paseaba por las crisis nucleares como quien se compra unos zapatos, parecía muy tenso en ese momento.

Y eso la estresaba más a ella.

—Tras cotejar el informe del rastreador, el activo que teóricamente han suplantado llegó la noche del jueves a Highfields.

—¡Olé! ¡Pues ya le tenemos, vamos a por él! —sugirió, incorporándose alegre.

—No es tan sencillo. Pasó el escáner de biometría vascular.

—¡¿Qué?! —exclamó con los ojos muy abiertos—. Eso es imposible. Ni cortando la mano del verdadero se podría hacer, tiene que estar vivo.

—Lo sé y por eso mismo te voy a llevar a Highfields esta mañana. Vas a comenzar el curso de incógnito, integrada como una alumna de primero más. Objetivo: sencillo. Te acercas, te haces su amiga y mientras nosotros analizamos los restos a ver si es o no es. Pero hasta entonces, me lo tienes vigilado.

—¡¿Se ha vuelto loco?! —gritó casi fuera de sí—. ¿Cómo va a mandarme a Highfields? Se le ha ido la cabeza. ¿Qué ha desayunado esta mañana? ¿Huevos fritos con extra de tontería?

—¡Nova, joder! —estalló él. Se giró y la apuntó con el dedo—. ¡Esto no es discutible!

Su voz traía una preocupación que jamás había detectado antes. *¿El todopoderoso Gordon podía sentir esas cosas?*, pensó. Por un segundo se olvidó de lo que estaban tratando, pero volvió al hilo.

—¡A ver! Céntrese, que tengo veinte años. ¿Cómo me va a meter en primero? —protestó dándose golpes en la sien con el dedo—. ¡Convivir veinticuatro horas al día con adolescentes reales fingiendo cada minuto es una locura! No voy a durar ni un puto día sin que alguien se dé cuenta. ¡Joder! ¿Y los profesores? Como haya un analista un poco bueno entre ellos, me detectará en cuanto me vea coger el boli. Es un suicidio operativo.

Discutieron durante un buen rato dentro del coche. Expuso cada contra: el riesgo de ser descubierta, la falta de una historia de fondo sólida y el hecho de que Highfields no era una escuela común. Gordon, por su parte, rebatió cada punto con una lógica aplastante: ella era la única con el aspecto ideal para el trabajo.

—¡Nova! No tengo a nadie para enviar —concluyó suavizando un poco la voz, volviendo a ese toque paternalista que siempre terminaba por doblegarla—. Solo a ti.

Empezó a golpear el respaldo con la coronilla mientras seguía de brazos cruzados. *Vacaciones, un rastreo sencillo, la puta que lo parió. ¡Dios! No lo mato porque es lo más parecido a un padre que tengo.*

—Ayer ordené desviar a uno de los que estaban en tránsito. Su plaza ya es tuya.

—¡Júreme que cuando me mandó venir desde Madrid no sabía nada!

—Tenía mis sospechas, pero necesitaba confirmarlas.

—¡Joder! ¡Pero no me mienta, coño! —exclamó pegando un golpe al respaldo del copiloto—. Yo no lo hago.

—Nova, ¡mírame! —le ordenó su mentor—. Y céntrate de una vez. Los que han organizado esto: A) Piensan que su plan va viento en popa y que no nos hemos dado cuenta de nada. B) Saben que existimos. —Otra vez ese tono, pero esta vez parecía miedo—. Y eso no es lo peor. Si esos restos son de un hijo de Highfields, no te haces ni la más remota idea de la que se nos viene encima.

Suspiró pesadamente, mirando hacia el edificio azul del supermercado. Le temblaba la pierna derecha y se mordía el labio. Sabía que había perdido la batalla.

—Está bien —cedió finalmente—. Pero hay dos cosas que quiero dejarle claras.

—Dime.

—No puedo presentarme en Highfields así vestida. Tengo que comprar ropa nueva. Esperemos que aquí en el *Walmart* haya algo que sirva.

—Seguro que no habrá problema. —Rebuscó en su abrigo y sacó una tarjeta de crédito—. ¿Y la segunda?

—Señor, con todos mis respetos, no he tenido unas putas vacaciones jamás. ¡Cuando esto acabe quiero unas como Dios manda!

Fue la primera vez que vio a su jefe reír.

Quince minutos después de esa conversación, recorría los pasillos de textil del *Walmart* con una expresión que oscilaba entre el asco profundo y la indignación absoluta.

Eso no era ropa, eran insultos a la moda, uno detrás de otro. Y su jefe, en plan *happy*, echando más mierda al carro. El tipo paseaba mirando cómo iban vestidas las hijas de las señoras que andaban comprando por allí. Cada vez que veía algo que se parecía mínimamente, lo cogía.

Aquello parecía una ofrenda a los dioses del mal gusto.

Estaban en la cola esperando para pagar y se quería morir cada vez que miraba. Todo eran sudaderas *oversize* de un color, camisetas básicas y pantalones vaqueros sin ningún tipo de forma. Y faltaba una chaqueta gorda para los próximos meses.

Me voy a cagar de frío y este no se entera, pensó.

—Tu papá debe quererte mucho, bonita —dejó caer la cajera mientras pasaba prendas por el escáner.

Era una señora mayor que masticaba chicle con una lentitud desesperante. Miró a Gordon con una sonrisa de esas que pretenden ser tiernas pero que solo resultan irritantes.

Sintió que le hervía la sangre. Calculó cuántos dientes le quedarían sanos si le estampaba el carro en su puta cara condescendiente. Probablemente pocos. Pero no podía hacerlo, así que se tuvo que resignar y mostrarse educada con aquella mujer tan simpática.

—Fíjese si me querrá, que por portarme muy bien, me ha traído a este «maravilloso» sitio de vacaciones —respondió sonriendo—. A conocer mundo.

La respuesta le valió un codazo de parte de su jefe.

—¡Cría cuervos! —bromeó él encogiéndose de hombros.

Le dedicó una mirada asesina. La cajera lo interpretó simplemente como el típico berrinche de una niña mimada.

—Mira, ya pareces una adolescente cien por cien real —le susurró Gordon al alejarse de la caja.

—Déjeme en paz.

Caminaron hacia la salida del *Walmart*. Ella un paso por detrás, observando el perfil serio de su jefe, sin poder quitarse una duda de la cabeza. Entonces se detuvo un momento y realizó una observación muy incómoda.

—Jefe, si es el auténtico, hay un problema —señaló en voz baja.

Gordon se giró hacia ella.

—No anticipes, Nova. Solo hechos —sugirió él—. En cuanto analicemos los restos sabremos si lo es o no.

—Ya, claro, pero si lo es —insistió, notando un frío que le subía por la espalda—, ¡tenemos un marrón más gordo!

Gordon le sostuvo la mirada con esa calma inquebrantable que siempre tenía, pero detectó algo más en sus ojos. Preocupación.

—Ya lo sé —habló despacio—. Por eso no quiero ni pensar en ello.

Abrió la puerta del copiloto y le hizo un gesto para que subiera.

—Vamos. Highfields te espera.

Capítulo 5

Toca Ser La Otra

En los quince minutos que separaban el supermercado de la entrada de la academia, se dedicó a contemplar el paisaje desde el asiento trasero del Tahoe negro, pero su atención no estaba perdida en el horizonte. Repasaba mentalmente lo que su jefe le había contado sobre la institución.

A medida que el vehículo avanzaba, la imponente silueta de Highfields comenzó a materializarse frente a ella como un enorme bastión. Un lugar donde se formaban las personas que dirigían el mundo desde las sombras.

Un sitio que era literalmente un miniestado soberano.

El coche redujo la marcha hasta detenerse frente a la entrada principal. Un arco de piedra maciza, coronado por el lema grabado en latín *In Tenebris Unitas*, servía como frontera infranqueable. Tal y como dictaban los protocolos de seguridad, los vehículos externos tenían prohibido traspasar ese límite.

—No puedo ir más allá —explicó Gordon.

—Sin problema, señor.

Se giró hacia ella, sosteniéndole la mirada.

—Una última cosa. —Su voz era más fría de lo habitual—. El 28 de noviembre, tras la primera evaluación, activan el Protocolo de Pandora. Bajo ningún concepto debes pasar por él. Así que no pierdas el tiempo. Haz tu trabajo rapidito y tendrás esas vacaciones que tanto pides.

Sintió el peso de esas palabras. Tenía menos de dos meses para identificar al impostor en un sitio que preparaba a la gente para precisamente ser impostores.

—Entendido —respondió.

Al bajar, sintió la llovizna ligera rozando su rostro. Permitió que su cuerpo adoptara la postura que había ensayado mentalmente durante el viaje: con los hombros ligeramente encogidos, los pasos más cortos de lo habitual

y la cabeza girando con curiosidad exagerada hacia los edificios. Una exbailarina de San Petersburgo llegando a un lugar desconocido. Nerviosa. Impresionada. Fuera de su elemento.

El silencio era absoluto, solo interrumpido por el motor del SUV al alejarse.

Tras cruzar a pie la garita de seguridad —detectó dos cámaras visibles, probablemente una tercera oculta en el marco superior—, arrastrando su maleta de mano, se encontró con una mujer vestida con una bata blanca impecable sobre un traje de sastre oscuro.

La esperaba apoyada en un pequeño *buggy* de golf eléctrico, manteniendo una postura que irradiaba autoridad académica. La catalogó de inmediato: cazadora reconvertida en personal docente. La forma en que sus ojos la escanearon de arriba abajo no era la mirada de una recepcionista. Era una evaluación táctica.

Primera prueba. Ahora mismo.

—Bienvenida a Highfields —saludó haciendo una breve inclinación de cabeza—. Soy la doctora Junko Sato, profesora de psicología y responsable de la recepción de las nuevas alumnas. Espero que su traslado haya sido satisfactorio.

Dejó que sus ojos vagasen un segundo más de lo necesario antes de responder. Una chica normal estaría distraída por la grandeza del lugar. Tenía que mostrar un leve temblor de nerviosismo en su voz.

—¿Japonesa? —preguntó.

—Así es. Nacida en Niigata.

Bajó la vista con timidez calculada mientras observaba a la mujer por el rabillo del ojo. Cabello negro estirado hacia atrás con una tensión que acentuaba sus pómulos. Gafas de montura invisible. Manos quietas, sin gestos innecesarios. Todo en ella gritaba control y observación constante.

—Acompáñeme, por favor —pidió la Dra. Sato, señalando hacia el interior del complejo—. El proceso de admisión es riguroso y no admite demoras. Puede dejar su maleta aquí, será trasladada directamente a su habitación.

Las dos subieron al *buggy* y comenzaron a circular.

—Relájese, señorita —sugirió sin apartar la vista del camino—. Es normal estar tensa el primer día. Le hablaré del campus a medida que avanzamos para que se distraiga.

—Gracias. He echado un ojo al plano, pero creo que es tan grande que todavía no me ubico.

—Lo primero que vamos a ver es el viejo invernadero —le explicó—. Una de las primeras construcciones del Dr. Walter S. Leigh. Se usaba para estudiar botánica y genética de plantas.

Vio una construcción de cristal y hierro que destacaba entre la vegetación a su derecha. Sus ojos se abrieron con curiosidad genuina. El complejo mostraba cristales opacos, algunos agrietados y parecía a punto de venirse abajo.

—Ahora está en desuso. Los nuevos laboratorios de bioingeniería son mucho más avanzados —continuó hablando—. No se acerque mucho por aquí, se rumorea que hay fantasmas dentro.

—Fantasmas —repitió con una sonrisa nerviosa—. Esperemos que no. La Dra. Sato se giró hacia ella.

—¿Es usted supersticiosa?

—No, la verdad es que no —respondió encogiéndose de hombros.

Unos trescientos metros más adelante apareció una estructura victoriana. Muros de ladrillo rojizo, arcos de piedra y tejado de pizarra. En el centro, el gran portón de madera oscura le recordó a los palacios urbanos de San Petersburgo.

—El *Dining Hall* —anunció la doctora señalando al frente—. Aquí es donde se come. Además, los jardines sirven como punto de encuentro entre alumnos. También encontrará secretaría, administración, enfermería y el servicio de correos.

—¿Y si necesito comprar alguna cosa? De higiene, ya sabe.

—Hay un pequeño economato en el edificio principal o puede comprar *on-line*. Use la dirección de la academia y su número de habitación —la profesora sonrió—. Lo tenemos todo pensado.

—Sí, lo leí. Normal, si los alumnos no pueden salir.

—Está permitido, pero solo los domingos —levantó el dedo índice—, y con horario.

Redujo la velocidad y aparcó el carrito. Bajó con un movimiento ágil que delataba entrenamiento físico bajo la bata de académica.

Yo bajaré con menos gracia, para no dar el cante.

—Vayamos a secretaría para entregarle su *kit* de bienvenida: uniforme y documentación —le indicó.

Caminaron hasta cruzar la entrada del *Dining Hall*. Dentro, el aire fresco fue sustituido por un leve aroma a comida. Avanzaron por el pasillo principal hasta detenerse frente a la segunda puerta a la izquierda.

Era la zona de secretaría.

—Buenos días, Evelyn.

—Buenos días, Dra. Sato —saludó una mujer británica.

Les hizo gestos para que pasasen al interior.

—Estábamos esperando a la que tiene el honor de ser la penúltima alumna en llegar. Por favor, introduzca la mano derecha en el escáner biométrico y espere.

Penúltima. Eso significaba que casi todos los alumnos ya se conocían entre sí. Llegaría como la extraña. Le pareció genial. Menos atención y más fácil observar.

La doctora rodeó el mostrador para ver la pantalla mientras ella introducía la mano en una ranura. Un pitido confirmó el registro.

—Todo está en orden —anunció Evelyn—. Aquí tiene su bolsa. Contiene su *tablet* personal, los manuales con las normas y su primer juego de uniformes.

—¿Siempre me van a tratar de usted? —preguntó, inyectando una pizca de humor adolescente en su voz.

—Por norma general sí. —Sacó un sobre y extrajo un pequeño reloj digital de color oscuro—. Póngaselo. Actúa como tarjeta de acceso para su habitación. Solo tiene que acercar la muñeca a la manilla y se desbloqueará. Es estrictamente personal e intransferible.

Dispositivo de acceso. Se lo puso con una sonrisa de agradecimiento e intentó calcular cuánto tiempo podría quitárselo sin levantar sospechas.

—Por cierto —añadió Evelyn—, no olvide registrarse en la web Highfields-Academy.com para poder acceder a la sección de noticias.

Web de la academia. Sección de noticias. Perfecto. Quizás podría averiguar algo sobre los profesores echando un ojo. De esa manera podría saber con cuáles tendría que tener más cuidado.

—Una última cosa. La ceremonia de inicio de curso se celebrará esta misma tarde a las 17:00, justo después del servicio de comida. El acto tendrá lugar en el gran auditorio situado en *The Spine*. La asistencia es obligatoria para todos los alumnos de nuevo ingreso.

Tomó su *kit* y la Dra. Sato le hizo un gesto para que la siguiera hacia la salida opuesta.

—Venga conmigo, la llevaré hasta *Casa Vesper* para que pueda instalarse —señaló hacia la salida mientras caminaban por el pasillo central.

Al volver al exterior, descubrió que había dejado de llover. Permitió que su cuerpo se relajara visiblemente —lo que una chica normal haría después de completar el papeleo— mientras seguía catalogando información.

Avanzaron por senderos de piedra que parecían dibujar círculos concéntricos alrededor del campus.

—Como puede ver, el centro está diseñado de manera circular —explicó, señalando la torre central de *The Spine*—. En ese edificio es donde pasará la mayor parte del tiempo. Allí están las aulas, los laboratorios y el auditorio principal.

Diseñada para dar vueltas sin poder salir, querrás decir. Ya había pasado demasiados años encerrada cuando era una niña. Sintió que le faltaba un poco de aire al respirar.

—Nos dirigimos hacia el este —continuó la doctora—. Ahí enfrente están los dormitorios femeninos. Los chicos viven en *Casa Sterling*, justo en el lado opuesto. Mantenemos una separación estricta en las zonas residenciales.

Observó la construcción frente a ella. Tres plantas, rodeada de bosque. Más allá, al norte, vio fugazmente una edificación moderna, gris y geométrica que desentonaba con el estilo victoriano del resto.

—No mire hacia allí. —Sonrió la Dra. Sato mientras hablaba—. Durante su primer año seguramente no pondrá un pie en esas instalaciones. Ahora, céntrese en instalarse y en conocer a su compañera de cuarto cuando llegue, que es la persona en la que más podrá apoyarse.

O la que más fácil podría delatarme.

Se detuvieron junto a la fachada principal y la profesora consultó su reloj.

—Cámbiese y póngase el uniforme. Tiene poco más de una hora libre antes de que suene la llamada para la comida. Bienvenida a su nuevo hogar. La veré mañana en clase de Psicología. Si necesita cualquier cosa, puede acudir a secretaría.

Tras estas últimas indicaciones, se dio la vuelta y desapareció por el sendero.

Se quedó sola frente a la entrada de *Casa Vesper*. Durante unos segundos, mantuvo la postura de alumna nerviosa por si alguien la observaba desde alguna ventana. Luego respiró hondo.

Dos meses. Un impostor que encontrar. Y ella, fingiendo ser algo que nunca había sido.

Muy bien, Nova, toca desaparecer y empezar a ser la otra, pensó.

Empujó la puerta y entró.

Capítulo 6

Maya Swartz

Cruzó el umbral y el aire cambió de golpe; ya no olía a campo abierto, sino a una mezcla de madera encerada y ese aroma metálico típico de los edificios con tecnología avanzada. Aunque por fuera parecía una construcción antigua, el interior era mucho más moderno.

Captó el murmullo de voces del ala izquierda. Grupos de chicas que conversaban de manera animada. Algunas reían con soltura; se notaba que eran alumnas mayores que ya se conocían.

Al fondo vio las escaleras que conducían hacia los pisos superiores. Siguió recorriendo el lugar con los ojos hasta que las vio. Tras un mostrador de bienvenida, dos veteranas esperaban. Las observó curiosa.

—¡Por fin! —exclamó una de ellas—. Tú debes de ser Maya Swartz. Eres la última, guapi. Estábamos a punto de cerrar el registro de bienvenida.

—Hola... sí, soy yo —respondió con un ligero temblor en los labios.

—Tranquila, que no mordemos, yo soy Mei y ella Amara —bromeó la otra desde la mesa—. Ella te enseñará todo esto. Yo me quedo aquí para recoger este sarao.

La primera rodeó el escritorio y le hizo una señal para que la siguiera.

—Te cuento, para que no te pierdas el primer día: la residencia se divide en dos alas —explicó Amara con soltura—. En el ala sur tenemos la parte «ruidosa». Allí está la lavandería, los aseos comunes y la sala de estar con la tele. Si quieres ver pelis de anime, me avisas, que me apunto. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. ¿Te gusta *Kimetsu No Yaiba*? ¿*DanDaDan*? ¿*Solo Leveling*?

Aquellos nombres no le sonaban de nada, así que negó con la cabeza.

—¿*Blue Box*? ¿*Los Diarios de la Boticaria*? ¿*My Hero Academia*?

Apretó los labios y volvió a negar.

—¿Tampoco? —Sus hombros se hundieron ligeramente—. Venga, nena, por lo menos la última sí. ¡Si está inspirada en nuestra academia! ¡Nos lo han copiado casi todo! Solo nos falta tener poderes.

—Lo siento.

Amara dejó escapar un bufido enorme.

—Bueno, no pasa nada, ya te pondrás al día. ¡Sigamos! —Señaló al fondo del pasillo—. Aquello de allá es el gimnasio, por si quieres ponerte cachas como los tíos. Pero para eso no me avises. ¿Vale?

Caminaron hacia las escaleras y le señaló el pasillo opuesto, notablemente más silencioso.

—El ala norte es la zona tranqui. Ahí tienes la biblioteca y una sala de estudio enorme. También hay otros aseos y, muy importante: la vivienda privada de la jefa, la Dra. Sato —murmuró cruzándose de brazos—. No se te ocurra hacer ruido por las noches cerca de su puerta porque tiene una *katana* que te cagas.

—Entendido —asintió.

Mientras subían hacia las habitaciones, le enseñó cómo era el sistema de seguridad interno.

—Aparte de los profesores, estamos las prefectas. Somos ocho alumnas súper guays. Yo la que más —afirmó levantando una mano—. Pero está mal que lo diga, así que no te chives. Soy de segundo, pero casi todas son de tercero. Hay dos por cada planta y nos turnamos para echar un cable a quien lo necesite.

Llegaron a la segunda planta y caminaron por el pasillo.

—Y aquí estamos. Esta es tu habitación, la 205. —Hizo una mueca y comenzó a reírse—. Te ha tocado la que peor rima tiene.

Le dio una palmada amistosa en la espalda y se marchó escaleras abajo.

Esperó hasta que desapareció antes de permitirse lanzar un pequeño suspiro. Se sentía un poco abrumada con tanta información.

Acercó la muñeca al sensor y se escuchó un *bip* electrónico, seguido del chasquido del mecanismo. Empujó la puerta con cuidado y asomó la cabeza.

Parpadeó un par de veces al ver el interior.

Era impresionante, con unos seis metros de largo y las paredes pintadas en un tono crema cálido con molduras victorianas. Sin embargo, el mobiliario era completamente moderno, dividiendo el cuarto en dos espacios simétricos. A su izquierda: cama en tonos pastel, estanterías hasta el techo, armario de tres puertas donde ya estaba su maleta, y un amplio escritorio. Todo impecable.

Al fondo, una ventana enorme ocupaba casi toda la pared.

Se fijó entonces en la mitad derecha. A diferencia de su lado, aquel espacio ya tenía vida. Libros y una sudadera sobre el escritorio, sábanas revueltas, almohada hundida. Su compañera ya se había apropiado del lugar.

La vio allí mismo, sentada junto al escritorio, bañada por la luz de la ventana. Se fijó en su cabello rubio rojizo, pero lo que más le llamó la atención fue su rostro lleno de pecas. Estaba sumergida en la lectura de un libro de tapas gastadas. Reconoció la portada: dos manos pálidas sosteniendo una manzana roja.

Ya lucía el uniforme de la academia: chaqueta azul marino con el escudo plateado, falda de tablas beige y camisa blanca.

No había levantado la vista al oír la puerta abrirse, pero hizo girar la silla con lentitud teatral. Cuando estuvo orientada hacia el frente comenzó a mirarla de manera intimidante. Se estremeció al sentirse estudiada.

—Bienvenida —murmuró.

—Hola, soy Maya —saludó casi con hilo de voz—. Me han dicho en secretaría que esta es mi habitación.

—Umm... —La chica hizo una mueca—. Sí, eso parece.

—¿Eres Elena? ¿Mi compañera?

—Ummmm... —Repitió sonriendo de manera traviesa—. No, no exactamente. La última en llegar adopta el rol de sirvienta de la que ya está instalada.

Parpadeó varias veces y sus piernas comenzaron a temblar ligeramente.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió de golpe y otra chica apareció corriendo. Vestía un chándal de la academia, con el pelo mojado y una toalla al cuello. Dio tres zancadas hasta el fondo de la habitación y arrebató el libro de las manos a la que estaba sentada.

—¡No cojas mis cosas! —exclamó con voz firme—. ¿Y qué haces aquí?

—Ay, solo estaba jugando un poco con la nueva —protestó riendo—. ¿Viste su cara? ¡Parecía que iba a llorar!

—Lo siento muchísimo —se disculpó la recién llegada girando hacia ella—. Yo soy Elena. Esta —señalo hacia atrás—, es Chloe, que es una graciosa, pero no es mala persona. Por favor, no te lo tomes a pecho.

Suspiró aliviada.

Su auténtica compañera la observó de arriba abajo, arrugó la nariz y un destello le iluminó los ojos. Se acercó más y le puso una mano en el hombro.

—Luego hablaré con ella, no te preocupes —susurró.

—No pasa nada —respondió encogiéndose de hombros.

Chloe se levantó de la silla y avanzó unos pasos.

—¿Ves? Todo bien, no se ha enfadado. —Dio un par de palmadas feliz—. ¿Os espero abajo para ir juntas al comedor?

—¿Por qué no vas con tu compi de cuarto? —preguntó Elena con voz dulce pero firme.

—¿Con esa francesa repipí? —Puso los ojos en blanco—. Antes me pego un tiro. Y tú sigue leyendo esa basura cursi —señaló el libro de *Crepúsculo*—, y acabarás como ella. Es literatura para niñas de doce años.

—Me encanta. —Corrió hasta el escritorio y lo abrazó contra su pecho—. ¿Algún problema?

—Tú sabrás... —Salió, dejando que la puerta se cerrase de golpe.

El silencio inundó el dormitorio.

Contempló a Elena que seguía abrazando su libro con las mejillas sonrojadas.

—Lo siento de verdad. Chloe es de la 204, justo enfrente —explicó señalando a la puerta—. Nos conocimos esta mañana cuando llegué. Estaba entrando en la habitación cuando apareció detrás de mí, se presentó como mi compañera, se coló dentro y... bueno, me gastó una broma a mí también. La de la «tarjeta de acceso», y yo piqué como una mema.

—¿La tarjeta de acceso?

—Sí. —Negó con la cabeza mientras hablaba—. Me dijo que tenía que ir a secretaría a pedir una tarjeta especial para abrir las puertas de las zonas comunes. Me la comí doblada. Resulta que todo se abre con el reloj.

—Supongo que las dos somos nuevas en esto.

—Correcto. —Dejó el libro sobre su escritorio con cuidado—. Yo soy Elena Volkova.

—Yo me llamo Maya Swartz.

Se estrecharon la mano mutuamente. Algo en la forma en que le sonrió al hacerlo le recordó a su abuela. Se había ocupado de ella tras la muerte de sus padres y siempre intentaba parecer alegre.

—¿Y qué tal la llegada? —le preguntó mientras dejaba el *kit* de bienvenida sobre la cama.

Elena se quedó pensativa, mordiéndose el labio inferior.

—Bueno, todavía no ha empezado nada oficial —explicó—. Llegué esta mañana, me instalé y di una vueltecilla, pero poco más. Está bien, supongo. Luego por la tarde podemos ir a explorar juntas, si quieres.

—Bueno, si no te importa —respondió asintiendo.

—¡Ah, oye! —exclamó con tono más animado—. A las catorce en punto cierran las puertas del comedor. Así que saca tu uniforme del *kit* y pónelo. Tienes el armario vacío para organizar tus cosas, pero eso déjalo para luego. Yo me vuelvo a los aseos a ver si encuentro a alguien que me deje un secador para el pelo. —Miró hacia su maleta—. ¿Tú tienes?

—No, lo siento.

—Da igual, ya me apañaré. Si quieres, adelántate y vete pillando sitio. —Le dedicó una sonrisa y salió de la habitación.

La escuchó gritando por el pasillo exigiendo que alguien le dejase un secador.

De repente su muñeca vibró.

Era el reloj digital que le habían dado: acababa de recibir un mensaje. Se fijó en la pantalla y leyó.

30 minutos para el cierre de turno del comedor. Alumnas de 1.º, 2.º y 3.º diríjanse al Dining Hall.

Sacó el uniforme de su *kit* y empezó a cambiarse. Debía darse prisa si quería coger un buen sitio para ella y su nueva compañera de cuarto.

Pensó en Elena, parecía guay. En solo cinco minutos le había caído genial, pero se había quedado con ganas de preguntarle su nacionalidad.

—Hay algo en su acento que no me cuadra —murmuró.

Capítulo 7

Una Lasaña Riquísima

Cuando llegó, el comedor ya estaba a pleno rendimiento. Se puso a la fila y observó. Maya estaba sentada en la primera mesa, bastante cerca, guardándole un asiento.

Se le erizó el vello al notar el cambio en el ambiente. Los alumnos más mayores estaban llegando y ocupando sus lugares habituales. La forma en que el resto de los chicos se apartaba para dejarles pasar, las miradas de respeto que les dedicaban y la naturalidad con la que ocupaban el territorio junto a la entrada.

Sabía que todo eso tenía un nombre.

Jerarquía.

Vio cómo tres veteranas se acercaban a su compañera como hienas rodeando a una gacela. Escuchó lo que le decían.

—Hola, bonita —habló una colocándose a su derecha—. ¿Estás cómoda?

—Sí, cielo. ¿Necesitas que te ayudemos con algo? —preguntó otra ocupando su lado izquierdo.

Maya quedó atrapada entre ambas y se encogió ligeramente.

—Eh, no, perdón, estaba guardando el sitio a mi amiga —respondió en voz baja.

—¡Ay, qué ricura! —ironizó una tercera justo enfrente—. ¿Pero no crees que estarías mejor en la puta mesa del fondo? Con los novatos de primero como tú.

Al escuchar cómo le hablaban, tuvo que morderse el labio en un intento por calmarse. Tenía que conseguirlo o acabaría liándose a hostias con aquellas asquerosas.

—Perdón, no quería... Yo solo... —titubeó Maya.

—¿No sabes leer, cariño? —la interrumpió una de las chicas.

—¿Qué? Sí, claro que sé —respondió con la boca temblorosa.

—¿Y no has leído las normas de organización del comedor?

—No, lo siento.

—Desaparece de mi vista, novata de mierda.

Qué suerte tenéis de que no era yo la que estaba en la mesa, pensó. Entonces se dio cuenta de que tenía los dientes tan apretados, que se le había entumecido la mandíbula.

Abrió y cerró la boca varias veces para solucionarlo.

Maya se levantó apresuradamente, cogió su bandeja para retirarse, pero una de ellas se inclinó invadiendo su espacio personal mientras golpeaba con un dedo la superficie de la mesa.

—Deja la comida —le pidió con una sonrisa fingida—. Que no me apetece hacer cola.

—Sí, perdón —respondió dejándola sobre la mesa.

Las compañeras de la abusona soltaron una risita cruel. Maya se retiró con la cabeza gacha y las mejillas encendidas. No tuvo más remedio que regresar al final de la fila para conseguir una nueva ración.

La interceptó cuando pasó a su lado.

—Nena, ven aquí —le ordenó en voz baja, haciéndole un hueco.

—¡Eh! ¿De qué vas tú? —protestó un alumno justo detrás.

Se giró hacia él. Lo miró a los ojos durante exactamente dos segundos sin decir nada. No hizo falta.

—Bueno, vale, tampoco hace falta ponerse así —murmuró.

—Pues mejor calladito, que hay lasaña de sobra.

Maya se colocó a su lado. Temblaba ligeramente tras la humillación pública. La observó de reojo mientras avanzaban en la cola.

—¿Cómo estás? —le preguntó, bajando el tono para que solo ella pudiera oírla.

Intentó que su voz sonase calmada, pero sus ojos estaban clavados en la nuca de la chica que había molestado a Maya.

—Bien, es solo que... no quería causar problemas —susurró abrazándose a sí misma—. Tienen razón, debería haber leído las normas del comedor.

—Esta academia tiene demasiadas normas que leer —respondió.

Sus dedos jugaban con el borde de la bandeja vacía, imaginando lo fácil que sería acercarse a la mesa de las veteranas y estamparla en la cara de la jefecilla.

Se obligó a respirar hondo.

—Tranquila —le susurró finalmente, forzando una expresión de resignación que no sentía—. Solo son unas idiotas. Vamos a pillar la comida y a buscar mesa juntas.

Ya con sus raciones, caminaron hasta el fondo del salón, dejando atrás la zona donde las abusonas aún seguían riendo y gastando bromas.

Las dos últimas hileras de mesas se apretaban cerca de los aseos y eran la zona reservada para los novatos. Justo cuando buscaban un hueco libre, una voz rompió el aire.

—¡Eh, por aquí! ¡Chicas, os hemos guardado sitio! —exclamó un alumno agitando el brazo desde el centro—. ¡Plazas VIP!

A su lado, una chica con aspecto indio parecía molesta por el volumen. Frente a él, otro chico bastante más alto que el resto contemplaba la escena divertido.

—Venga, sentaos ya antes de que algún *random* os robe el asiento —insistió, haciendo hueco a empujones.

—¿Les conoces? —preguntó Maya.

—Sí, se llama Nico, es italiano. Coincidí con él esta mañana, es buen chaval.

La cogió del brazo y la guio hacia el hueco. Varios chicos tuvieron que apartarse para que ambas pudiesen pasar, pero a diferencia de «otras», los de primero parecían dispuestos a ayudar.

—Gracias —murmuró mientras ocupaba la silla libre.

—¿Y esa cara, *bella*? —se interesó Nico—. ¡Esta mañana tenías más *vibe*!

—No es nada, un malentendido.

—*Va bene*, como quieras. —Señaló a su compañera—. ¿Tu *roommie*?

—Ah, sí, perdón —respondió—. Te la presento. Se llama Maya.

—Encantado —sonrió e hizo un gesto hacia el frente—. Esta es Priya, que viene de la India y tiene pocas pulgas, y ese bicho es Lars, el sueco más feo del mundo. —Volvió los ojos a su izquierda—. Ella es Elena. Me la encontré esta mañana y me pidió salir en cuanto me vio. *Ti giuro*.

—¿Pero qué dices, flipado?! —le gruñó.

Nico comenzó a reír mientras intentaba darle una colleja.

—¿Sois todos de 1.ºB? —preguntó Maya.

—Creo que sí —respondió Lars.

Se dedicó a organizar sus cosas sin prestar atención a la conversación. Vaso de agua a la derecha, cubiertos paralelos, plato centrado. Su mente se desconectó de la conversación y se fue a la primera mesa del comedor, donde la alumna que había humillado a Maya seguía dando buena cuenta de la comida robada.

—¿Vas a comerte la lasaña o piensas apuñalarla durante media hora más? —bromeó Nico al fijarse en cómo clavaba el tenedor una y otra vez en la pasta.

Levantó la vista y lo miró fijamente. La sonrisa del italiano flaqueó por un instante.

—Me la voy a comer, sí. ¿Algún problema? —respondió con voz autoritaria—. Pero parece que, en este lugar, hasta para masticar hay que pedir permiso a las divas de la entrada.

—¿Y a esta qué le pasa ahora? —soltó Priya, arqueando una ceja.

Dejó el cubierto sobre la mesa y con voz contenida, relató la escena que acababa de suceder: su compañera intentando guardar sitio, las abusonas rodeándola, el tono humillante, las risas, la bandeja confiscada. Cada detalle, preciso.

Maya mantenía la vista clavada en su comida sin probarla.

Cuando terminó, el silencio en su extremo de la mesa era denso. Nico había dejado de bromear. Lars fruncía el ceño y Priya la observaba con una mezcla de curiosidad y cautela.

—Nico, quita, porfa —le pidió—. Voy al baño.

—Sí, sí... pasa —respondió él, apartando la silla rápido.

Se puso en pie con un movimiento fluido, dejando el plato sin haber dado ni un bocado. Caminó por el estrecho pasillo entre la última fila de mesas y la pared, dirigiéndose hacia el bloque de baños situado al fondo del comedor.

Lo que estaba a punto de hacer era un error, pero sabía que en una institución como Highfields o dejabas las cosas claras desde el minuto uno, o serías carne de cañón todo el tiempo. Y no iba a consentir que Maya lo fuese.

Al llegar a la zona de los aseos, no entró directamente. Se detuvo apenas medio segundo frente a la puerta, aprovechando la sombra del muro para echar un vistazo hacia atrás. Desde esa posición tenía una vista perfecta de todo el salón.

La veterana ya no estaba en su mesa.

Empujó suavemente la puerta del baño, sin hacer ruido. El bullicio del comedor se extinguió, sustituido por el eco frío de los azulejos y el siseo de los extractores.

Allí, frente a la hilera de lavabos, se encontraba la chica de tercero. Tan absorta en su reflejo mientras se retocaba el carmín que ni siquiera notó que alguien había entrado.

Avanzó en silencio.

La chica guardó el estuche de maquillaje en su bolso, deslizándolo la lengua por sus dientes para asegurarse de que el color fuera perfecto. Se inclinó hacia el lavabo, frunciendo los labios en un gesto de «morritos» para evaluar el efecto final bajo la luz fluorescente.

Bonito color, pensó cuando se colocó detrás y levantó la mano.

Empujó su cabeza hacia abajo, contra el borde del lavabo.

El impacto produjo un crujido húmedo, como una rama verde al partirse. El cuerpo de la chica, convertido en peso muerto, se derrumbó sobre el suelo. Allí quedó tendida, con el carmín todavía fresco.

Permaneció de pie, con la respiración inalterada, evaluándola. Se agachó y colocó sus dedos en la carótida. Cinco segundos para confirmar que estaba inconsciente, no muerta. Pulso estable. Respiración presente. Bien.

La arrastró hacia el último cubículo y la acomodó sobre el inodoro, con la sien apoyada contra la pared lateral para que no se cayese.

—Parece que al final la que se va a quedar sin comer eres tú, bonita —le murmuró al oído, aunque sabía que no podía oírla.

Cerró la puerta de la letrina desde dentro y se deslizó por debajo.

Se ajustó los puños de la chaqueta azul marino. Se miró al espejo. Ni una arruga, ni una mancha, ni un cabello fuera de lugar.

Sonrió.

Repasó el borde del lavabo con un poco de papel para eliminar una pequeña mancha de sangre. Lo arrojó al váter del cubículo contiguo y tiró de la cadena.

Miró su reloj. Asintió al ver que todo había durado apenas dos minutos.

Al cruzar la puerta de regreso al bullicio del comedor, respiró hondo, como si el aire la renovase. Caminó con paso tranquilo hacia la mesa donde sus compañeros la esperaban. Se sentó junto a ellos y, con una parsimonia casi elegante, tomó el tenedor y comenzó a devorar su lasaña, saboreando cada bocado con una sonrisa en los labios.

El contraste era tan evidente que Nico, Lars y Priya dejaron de hablar para observarla.

—Vaya, pues sí que iba en serio que te la ibas a comer toda —comentó Lars riendo—. ¡F por mi ración doble de lasaña!

—He ido a hacer hueco —respondió en voz baja.

Su sonrisa se ensanchó levemente sin llegar a mostrar los dientes.

Priya la estuvo mirando mientras comía y Maya, por su parte, pareció relajarse al ver a su compañera tan tranquila. Su buen humor aumentaba cada segundo hasta que llegó a resultar casi contagioso.

—Mejor así —soltó Priya—. No renta nada amargarse el primer día por cuatro pijas con ganas de casito.

—Sí, tienes razón —afirmó mientras seguía comiendo—. No merece nada la pena.

El bullicio del comedor comenzó a decaer paulatinamente. Las largas mesas de los veteranos junto a la entrada se quedaban vacías. Terminó su ración con satisfacción evidente, dejando el plato impecable.

—¡Oye, peña! A las cinco es el evento de inicio en el auditorio de *The Spine* —recordó Nico—. Podríamos ir los cinco juntos, ¿no? Plan grupal.

—Por mí guay —respondió.

Maya y Priya asintieron con la cabeza.

—Pues yo también me apunto —concluyó Lars.

—Vale, nos vemos a las cinco menos cuarto en la fuente. No lleguéis tarde, *per favore* —sentenció Nico.

Asintió mientras recogía su bandeja. Por el rabillo del ojo, vio que las compañeras de la veterana empezaban a mirar hacia los baños con expresión confundida.

Pronto alguien iría a buscarla.

Tarde o temprano encontrarían a su amiga inconsciente en un cubículo.

Y entonces empezarían las preguntas.

Mantuvo la sonrisa mientras caminaba hacia la salida. Tenía claro que una abusona no capta las cosas a la primera, pero ya habría tiempo de intimar más y dar a conocer las nuevas normas del comedor.

Por ahora, Maya estaba a salvo y la lasaña estaba riquísima.

Todo bien.

Capítulo 8

¿Qué Habrá Pasado?

«El capo», como se hacía llamar a sí mismo, entró como si fuese un guía turístico, encabezando al grupo con ese aire de quien ya se conoce todos los rincones de la academia. Incluso saludó a otros alumnos a los que seguramente ni conocía. Nico Moretti había llegado antes del fin de semana y no había perdido el tiempo: se pateó hasta la última esquina del campus.

El italiano ya tenía fichado dónde estaban todas las cosas.

Eso era lo que le había contado por la mañana, cuando se conocieron.

—Supongo que nos tocarán las butacas del final, ¿no? —le preguntó.

—*Of course, bambina* —respondió—. ¡Somos los nuevos, nos toca el gallinero!

—Genial.

Su sonrisa se apagó. No por los asientos del fondo; eso le daba igual. Nico acababa de recordarle que había alumnos mayores y que ella había dejado a una encerrada en los aseos. Pensó en cuánto tardarían en encontrarla. ¿Media hora? ¿Menos? Sus amigas ya debían de estar buscándola impacientes. Pronto alguien entraría y vería la puerta del cubículo cerrada desde dentro. Suspiró profundamente y apretó los dientes. Con lo bien que se había sentido, ahora se daba cuenta de que la había cagado estrepitosamente.

—Chica, tampoco pongas esa cara, que no estamos tan lejos —le susurró Lars, abriéndose paso a su lado.

—Déjame en paz —respondió.

El grupo se acomodó en las butacas de terciopelo verde del imponente auditorio subterráneo, situado bajo la entrada principal en el eje central de *The Spine*.

Frente a ellos, el escenario elevado exhibía un podio circular con el emblema de la academia, flanqueado por dos grandes pantallas digitales.

El lugar estaba casi lleno. Podía escuchar a los alumnos cuchicheando mientras esperaban. Echó la mirada hacia el frente. Ya empezaba a salir el profesorado con una coreografía claramente ensayada. Fueron subiendo y colocándose en fila: cinco a la izquierda y cinco a la derecha, dejando el podio central libre.

Identificó a la Dra. Sato en el grupo de la izquierda. A su lado, un hombre de porte elegante resaltaba por encima de todos. Parecía un actor de cine muy guapo.

—Lars, ¿me cambias el sitio? —escuchó susurrar a Nico.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Sí, tío —le rogó—. Me molaría sentarme al lado de Maya para hablar un rato.

—Aquí no se puede hablar —respondió Lars—. ¿Qué dices?

—Bajito sí se puede, venga, cámbiate conmigo. No seas un *L*.

—No, y calla ya, que se están apagando las luces. Ahora no podemos.

El murmullo se desvaneció cuando la iluminación comenzó a bajar. Solamente quedaron encendidos los focos que daban luz al escenario. El podio y los docentes brillaban como si fuese la gala de los *Oscars*. El silencio se volvió absoluto cuando una figura solitaria emergió desde las sombras del lateral.

—¿Y este quién es? —le preguntó Priya susurrando.

—Algún mandamás —respondió.

—Es el doctor Hans Vogler, director académico de Highfields —informó Maya.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Lo pone en esos paneles —aclaró señalando las pantallas que flanqueaban la tribuna.

—Es verdad, lo pone ahí mismo en gigante —confirmó Lars, con su calma habitual.

El hombre ajustó el micrófono a la altura de su boca y habló.

—Es un honor dirigirme a todos ustedes en este inicio de curso académico. —Su voz resonó a través de los altavoces—. Ver este auditorio lleno, sentir la expectación contenida y el silencio atento que precede a todo

comienzo importante nos recuerda por qué esta institución existe y por qué, año tras año, seguimos apostando por un modelo educativo que no se limita a enseñar, sino que transforma.

Dejó que las palabras fluyeran sin prestarles atención. Seguro que todos los años decía lo mismo. Discurso institucional estándar versión 2025.

Seguro que lo pega en Gemini cada año y le pide que se lo actualice, pensó mientras dejaba escapar una risita silenciosa.

Son ustedes especiales, elegidos, el futuro y bla, bla y más bla.

—Quiero comenzar dando la bienvenida a toda nuestra comunidad académica. Al claustro de profesores, cuya labor diaria sostiene el prestigio y la exigencia de esta academia. Al personal administrativo y de servicios, cuya presencia discreta pero constante garantiza que todo funcione con precisión. Y, por supuesto, a ustedes, estudiantes, tanto a quienes continúan su recorrido con nosotros como a quienes pisan este campus por primera vez y comienzan hoy una etapa que, sin saberlo aún, marcará su vida de forma definitiva.

Sin saberlo aún. Hizo una mueca de disgusto. Otra vez los aseos vinieron a su mente.

—Este año contamos, además, con una incorporación muy especial. Se integran como parte del *staff* dos antiguos alumnos que cursaron el quinto curso el año anterior. —Vogler señaló hacia uno de los grupos—. Lakshmi Devi y Sarah Mackenzie.

Dos mujeres jóvenes se pusieron en pie. La platea estalló en aplausos, iniciados por los alumnos de quinto, que se levantaron casi al unísono.

El director alzó una mano y los aplausos cesaron rápidamente.

—Cada inicio de curso trae consigo una mezcla inevitable de ilusión y de incertidumbre —prosiguió—. Aquí no prometemos comodidad ni caminos fáciles. Prometemos formación rigurosa, desafíos reales y un entorno que pondrá a prueba su capacidad...

—¿Soy yo solo o a alguien más le está dando un sueño que te cagas? —susurró Nico.

—Yo ya he bostezado tres veces —le respondió.

Nico soltó una carcajada inaudible que la contagió de inmediato. En mitad del silencio, a ambos les dio un ataque de risa floja que intentaban ocultar bajando la cabeza entre las butacas. Lars, viendo que la situación se les iba de madre, les lanzó una patada a ambos para que parasen.

Se mordió el interior de la mejilla para controlarse. Hacía tantos años que no le pasaba algo así. Reírse de forma tonta por una broma estúpida en el momento más inapropiado.

—...Íntegros, conscientes de sus capacidades y de sus límites — continuaba hablando el director ajeno a la escena del fondo—. Formar personas que entiendan que el conocimiento sin ética es vacío y que la excelencia sin disciplina no existe. Aquí se espera de ustedes mucho más que buenos resultados académicos. Se espera compromiso, respeto, autocontrol y una voluntad constante de mejora.

Hizo una pausa para beber agua.

Abrió la boca para continuar cuando una figura robusta emergió de las sombras laterales. Un hombre enorme que se había desplazado con un sigilo impropio de su tamaño. Nadie lo notó hasta que estuvo a escasos metros del escenario.

Con un gesto seco, el hombre llamó la atención del ponente. El ambiente se volvió denso mientras este se alejaba del micrófono para escuchar al recién llegado.

Mierda. La han encontrado o se ha despertado ella sola, pensó.

Varios profesores abandonaron sus posiciones y se acercaron al podio. La Dra. Sato mantuvo su lugar, pero su postura cambió: con la espalda más recta, las manos quietas y los ojos fijos en la conversación que no podía escuchar.

—¿Qué pasa ahí abajo? —preguntó Nico.

—Ni idea, es imposible oír nada desde aquí arriba. Maya, ¿quién es el armario ese que acaba de entrar? —preguntó Lars.

—No tengo ni idea, Lars.

—No me mires así —le soltó el sueco—. Con Vogler has tardado cero coma en saber quién era.

—Ya, pero del que acaba de llegar no pone nada en las pantallas. No soy adivina.

—¿Pero de qué estarán hablando? Se les ve mazo de tensos —insistió Nico, moviéndose en la butaca.

Guardó silencio, con los ojos entrecerrados.

El director hizo un gesto seco exigiendo a los docentes que regresaran a sus posiciones. El orden se restableció en la tarima, pero en las butacas ocurrió lo contrario: un cuchicheo masivo recorrió el auditorio mientras los alumnos intentaban adivinar qué noticia era tan grave como para interrumpir la ceremonia.

Vogler levantó ambas manos pidiendo silencio. Cuando las voces bajaron lo suficiente, habló con la frialdad de quien elige cada palabra.

—Silencio, por favor, silencio —su voz ya no transmitía calma, sino gravedad absoluta—. En los casi ochenta años de historia de esta institución, jamás se había registrado un incidente como el que me acaban de informar.

El murmullo volvió con más fuerza. A su lado, Maya observaba el escenario con cara de no entender nada, Priya intercambiaba miradas de confusión con Lars y Nico se inclinaba hacia adelante, intrigado.

Analizó la frase: «ochenta años de historia, jamás un incidente así». Vogler estaba exagerando para causar impacto, o realmente no había habido una agresión entre alumnos en todo ese tiempo. Si era lo segundo, acababa de romper una racha impresionante.

—No voy a dar detalles, pero sepan esto: quien sea responsable será identificado, y las consecuencias estarán a la altura de la gravedad del hecho. —Entrecerró los ojos un instante—. El acto inaugural queda suspendido. Salgan ordenadamente y diríjense a sus habitaciones.

Tragó saliva. Le costó admitirlo, pero el tono de Vogler había conseguido que algo frío le recorriese la espalda. No remordimiento, sino precaución.

A su alrededor, los alumnos se levantaron en un murmullo confuso. Maya le tocó el brazo.

—¿Qué crees que ha pasado? —susurró.

—Ni idea —mintió encogiéndose de hombros.

Capítulo 9

Fascinante

Se apoyó en la pared quedando casi a oscuras y observó sin hablar. El jefe de seguridad y el director se habían enfrascado en una discusión que evidenciaba dos formas opuestas de entender el control.

—Ha sido un error, Hans —soltó con un acento marcado, sin apartar la vista de los monitores—. Estas cosas se manejan con discreción. Ahora mismo tiene a cientos de alumnos de los nervios y al culpable sobre aviso. El silencio es nuestra mejor arma para que ese tipo se confíe.

Vogler, sin embargo, no flaqueó. Se mantuvo erguido mirando de reojo cómo el técnico cargaba los archivos.

—La discreción es para los accidentes, señor Botha. Lo mío ha sido una declaración de intenciones —replicó el director—. Si el responsable está entre los alumnos, quiero que sienta el aliento de esta institución en su nuca. Que sepa que lo buscamos. Una persona asustada es una persona que comete errores, y yo necesito que dé un paso en falso ahora mismo.

—Es curioso —intervino cruzándose de brazos mientras miraba alternativamente a los dos—. Les escucho hablar con tanta seguridad y no puedo evitar preguntarme algo: ¿por qué dan por sentado que el agresor es un hombre?

Botha abrió la boca para responder, pero no dijo nada. Vogler se llevó una mano a la sien y carraspeó.

—Explíquese, profesor Vance.

Se acercó a la mesa de control, dejando que la luz azulada acentuase su elegancia natural. Su mirada se posó sobre un dossier que había en el borde de la mesa.

—He revisado el informe preliminar —pasó la primera hoja y señaló la segunda—. La víctima no presenta signos de violencia sexual, y sus pertenencias de valor están intactas. No le han robado nada.

Pasó a la tercera e hizo una pausa para dejar que el peso de sus palabras calara. El técnico dejó de teclear y giró la silla para escuchar también.

—Si el motivo no es el impulso ni el lucro, la fuerza física deja de ser el factor determinante —sentenció—. No parece un asalto al azar, parece más bien algún tipo de venganza. Y en Highfields, caballeros, la igualdad de género es una máxima.

Botha gruñó, ajustándose el cinturón táctico, mientras Vogler entrelazaba los dedos, con la mirada fija en algún punto entre el profesor y los monitores.

Sabía que ninguno de los dos contemplaría la posibilidad de que se tratase de un ataque premeditado. Ese dato convertía el incidente en algo mucho más peligroso para la estabilidad de la institución.

Las pantallas principales del centro de seguridad parpadearon, llamando la atención de todos. Petrov se giró hacia la consola.

—Ya lo tenemos, doctor Vogler—anunció señalando al monitor central—. He filtrado las grabaciones del sector del *Dining Hall* desde que empezaron a llegar los alumnos hasta que el personal de limpieza encontró a la chica.

—Vamos a echarle un ojo, señor Petrov.

El director se acercó a la pantalla entrecerrando los ojos. Botha se colocó a su lado, con las manos sujetando el respaldo de la silla del técnico.

Al ver que casi no le dejaban espacio, optó por echarse atrás y volvió a apoyarse en la pared, observando desde la distancia con los labios apretados.

—He configurado la velocidad a 1,5x —explicó Petrov—. Este es el momento en que la chica entra al aseo. Unos segundos después salen dos estudiantes. Apenas con un minuto de margen entra esta otra, vuelve a salir y la escena se repite con otras trece alumnas que entraron durante la siguiente media hora, en grupos de dos o en solitario. Aunque podríamos descartar a las últimas, porque son las amigas de la agredida que parecían estar buscándola sin éxito.

—No sea usted tan rápido descartando a nadie —le espetó Botha—. ¿Hay imágenes de alguien saliendo sin que esté registrada su entrada antes de que la agredida acudiese al aseo?

—Solo las dos estudiantes que les mostré al inicio —respondió.

—¿Ha comprobado que nadie entrase o saliese por la entrada de emergencia anexa?

—Sí, esa zona está limpia.

—Vuelva a pasar el vídeo, por favor —le pidió después de acercarse también al monitor.

El silencio volvió a reinar en la sala. En la pantalla, las figuras de los estudiantes pasaban como fantasmas acelerados. Apartó la vista y se giró hacia el jefe de seguridad. La pregunta fue directa, cortante.

—¿Y qué ha dicho la señorita Evans? —preguntó sin quitar la vista de las imágenes—. Supongo que habrán hablado con ella.

Hendrik Botha exhaló un suspiro pesado, cruzando sus robustos brazos. Su mirada se ensombreció bajo la luz de los monitores.

—Poco. Está en estado de *shock* —respondió con voz áspera—. La enfermera Lin le ha preguntado. Dice que estaba a lo suyo. Solo sintió que le empujaban la cabeza contra el lavabo y, después, nada. Se despertó cuando la encontró el servicio de limpieza.

El director arqueó una ceja.

—Un solo golpe —murmuró.

Sabía lo que estaba pensando. Para él, la brutalidad no tenía interés, pero la eficiencia técnica era una lengua que hablaba con fluidez.

—¿Daños? ¿Secuelas? —preguntó.

—Cinco puntos, ni siquiera le quedará una marca visible —explicó Botha.

—Hay que ser muy fino para lograr algo así —comentó bajando el tono de voz—. Golpear a alguien con la fuerza suficiente para dejarlo *K.O.* de forma instantánea, pero con tal precisión que no quede un solo hematoma periférico. Se requiere un conocimiento perfecto de la anatomía. ¿Cuántos de los chicos de Drazen serían capaces de algo así?

—Apenas un puñado —respondió el sudafricano.

—Eso descarta casi a la totalidad del alumnado —conjeturó Petrov—. Los de segundo apenas empiezan este curso con las primeras formaciones tácticas.

—Podríamos dejar que vea los vídeos, a ver si recuerda algo —sugirió.

—Caballeros, esto es hablar por hablar —sentenció el Dr. Vogler.

Cerró la carpeta y puso una mano sobre el hombro de Petrov.

—Pase el reconocimiento facial por las imágenes. —Se giró hacia el jefe de seguridad—. Sr. Botha, quiero a todas esas alumnas identificadas y entrevistadas mañana mismo a las siete, antes de que comiencen las clases. A las nueve quiero en mi mesa todas las transcripciones. ¿Entendido? —Miró hacia él y le señaló—. Usted y la doctora Sato ayuden con las entrevistas. Si es necesario, que los instructores participen. En total son seis o siete personas; tocan a dos por cabeza, eso no es nada para ustedes. Hable también con Sarah, ella se graduó el año pasado y aún conserva amistades entre los alumnos, puede serle especialmente útil. Y que la señorita Evans vea los vídeos, por probar no perdemos nada.

Tras impartir las directrices, el Dr. Vogler abandonó la sala de seguridad seguido de Hendrik Botha, cerrando la puerta con un golpe seco.

Permaneció allí, fundido con las sombras del rincón, observando de nuevo los monitores.

Solo cuando el eco de los pasos del director se desvaneció, se movió. Su desplazamiento fue tan silencioso que, cuando habló, Petrov dio un pequeño respingo.

—Perdone —susurró—. ¿Puedo usar el terminal secundario para ver el vídeo otra vez?

El técnico búlgaro lo miró con extrañeza, parpadeando tras sus gafas. Parecía no haberse percatado de que él no se había ido.

—Sí, lo que usted quiera —le respondió—. Yo tengo que seguir con el reconocimiento facial en el terminal principal, pero puede usar ese —señaló a su izquierda—. Le subo la copia del vídeo ahora mismo.

—Muchas gracias.

Se acomodó a pocos metros del búlgaro y comenzó el visionado. Las primeras veces dejó que la grabación corriera a velocidad normal, observando el flujo de estudiantes con el mentón apoyado sobre sus manos cruzadas.

Sin embargo, en la cuarta repetición, entrecerró los ojos y abrió ligeramente la boca. Redujo la velocidad a la mitad.

—Más cerca... —murmuró.

Sus dedos volaron sobre el panel táctil, aplicando un *zoom* digital sobre el marco de la puerta. La imagen se granuló ligeramente, pero la calidad del sistema de vigilancia de Highfields mantuvo una buena definición.

Mientras contemplaba por quinta vez la secuencia de imágenes, bajó la velocidad al diez por ciento y empezó a dar pequeños toques rítmicos con el índice sobre la mesa.

Su dedo se detuvo repentinamente.

—Fascinante. —Una sonrisa depredadora curvó sus labios—. Esto va a ser muy, muy interesante.

Se reclinó en la silla para deleitarse con su descubrimiento.

Había observado un detalle ínfimo que convertía a una simple alumna de primero en sospechosa por muy improbable que resultase.

Estaba deseando hablar con ella.

Capítulo 10

Medio Segundo

Se despertó de golpe. El reloj digital, ceñido a su muñeca, no dejaba de vibrar desde hacía un rato. Abrió los ojos con dificultad. La habitación aún estaba sumergida en la penumbra previa al amanecer. Levantó la muñeca frente a su rostro y la pantalla OLED iluminó sus facciones.

Leyó: [NOTIFICACIÓN PRIORITARIA] 7:00 AM — Cita: Dra. Sato. Lugar: Despacho Residencia Vesper. Asistencia obligatoria antes del inicio de la jornada académica.

Sintió un nudo instantáneo en el estómago. Sabía que Junko Sato era el ojo vigilante que supervisaba la conducta de las alumnas. Debía ser tan impecable como sus expedientes. Que la citase a esa hora, en su propia residencia y antes de las clases, solo podía significar que ya habían empezado a filtrar sospechosos.

Calma, calma. Tendrán grabaciones, pero no fui la única que entró al aseo después de esa guarra. Además, no tengo motivo que ellos sepan y solo soy una novata, pensó.

Se quedó unos segundos tumbada, escuchando el silencio de la habitación que compartía con su nueva «hermana». Giró la cabeza hacia la cama de al lado y la observó. Dormía plácidamente. Apretó los labios. Esa chica la necesitaba, tenía que cuidar de ella.

El reloj volvió a vibrar, recordándole que en Highfields el tiempo no se perdía, se gestionaba. Y el suyo empezaba exactamente en veinte minutos.

Saltó de la cama y empezó a vestirse.

—¿Qué hora es? —oyó a tan solo un par de metros.

Maya se había despertado y se estaba incorporando.

—Sigue durmiendo, que solo son las seis y cuarenta —le dijo tras acercarse y darle un beso en la cabeza.

—Ay, madre, es muy pronto aún —se quejó, echándose de nuevo las sábanas sobre el cuerpo.

Terminó de ajustarse la corbata a oscuras, intentando hacer el mínimo ruido posible. Un uniforme descuidado era la primera señal de una mente desordenada, y no podía permitirse parecer sospechosa.

Salió de la habitación, tratando de que el cierre de la puerta no despertase a Maya. Los pasillos de *Casa Vesper* a esa hora estaban completamente desiertos. Las clases no empezaban hasta las 9:00 AM, así que casi la totalidad de las alumnas seguían durmiendo.

Mientras descendía hacia la planta baja, donde se encontraba la zona privada de la doctora, sentía el peso del reloj en su muñeca. Sabía que Sato vivía allí precisamente para eso: para ser el primer filtro, la barrera entre la vida privada de las alumnas y la disciplina académica.

Al llegar frente a la pesada puerta de madera oscura, respiró hondo. El panel digital mostraba su nombre en color verde, indicando que el sistema de proximidad la había detectado. La puerta se desbloqueó con un clic electrónico y la atravesó.

El interior del apartamento rompía con la frialdad industrial del resto de la academia. Aunque mantenía un espíritu minimalista, el espacio respiraba una calidez orgánica. Las paredes blancas estaban vestidas con estanterías de madera clara repletas de manuales de medicina y psicología, literatura clásica y tratados de botánica.

Lo que más llamaba la atención era la cantidad de plantas que daban vida a las esquinas: helechos frondosos y pequeñas suculentas dispuestas con precisión sobre las mesas de cristal. Era un piso moderno, inundado por la luz tenue del amanecer, pero con ese toque de «hogar» que hacía que cualquier confesión se sintiera menos peligrosa, aunque fuera una trampa.

—Buenos días, señorita Volkova —saludó la Dra. Sato, ajustándose el puño de su chaqueta oscura.

Sin esperar respuesta, recogió su *tablet* y señaló al hombre que esperaba junto a una de las ventanas con vistas hacia *The Spine*.

—¿Conoce al profesor Vance?

—No, creo que no —respondió.

—Es el *housemaster* de *Casa Sterling*, donde duermen los chicos. Es el profesor de Historia y Ética —afirmó con una risita infantil.

Se ajustó la correa del bolso de cuero negro con un movimiento seco. Sin dejar de moverse, consultó su reloj y una mueca de impaciencia crispó sus labios.

Antes de cruzar el umbral, se detuvo y se giró hacia ella. Tras el cristal de sus gafas pudo ver sus ojos entrecerrados.

—El profesor Vance le va a hacer algunas preguntas relativas a la agresión que sucedió ayer en el comedor. Tiene plena autoridad para llevar a cabo esta entrevista preliminar. Sea cooperativa. Nos vemos luego en clase.

Con un asentimiento seco, la doctora salió del apartamento. El sonido de la puerta al cerrarse la dejó en un silencio sepulcral frente a Vance, quien parecía observarla con curiosidad. Se sentó con elegancia en el borde del escritorio, ignorando la silla principal.

Se dio cuenta inmediatamente de que no era un profesor normal y corriente. Se encogió por dentro, pero mantuvo la compostura.

—No me mire con ese pavor —le pidió mientras activaba su pequeña *tablet*—. Tras la agresión de ayer, el doctor Vogler ha dividido el trabajo. Varios profesores tenemos órdenes de investigar a todas las chicas que entraron en el área de los aseos en la franja crítica.

Deslizó el dedo por la pantalla.

—Gracias a la eficiencia del señor Petrov, nuestro técnico de seguridad, hemos identificado a cada alumna que pasó por ese pasillo. Usted, señorita Volkova, es una de ellas. Queremos saber qué vio, qué escuchó... o si notó a alguien más allí dentro. ¿Empezamos por el principio?

—Como usted desee, señor.

—No hace falta que sea tan formal, puede tutearme.

—Creo que las normas de la academia exigen que le trate de usted.

—Bueno, como usted prefiera —sonrió él de nuevo.

Mantuvo la vista baja un segundo más de lo necesario, intentando desgranar la mente de Vance con la cautela de quien se encuentra frente a un depredador desconocido.

Debía de rondar los treinta y muchos años, puede que hasta cuarenta; tenía esa madurez pulida de quien ya ha dejado de intentar impresionar a los demás porque sabe que su mera presencia es suficiente. Las ligeras líneas de expresión en las comisuras de sus ojos no le daban un aire de cansancio, sino de un cinismo refinado, como si llevara décadas leyendo las mentiras de la gente antes de que fueran pronunciadas.

Observó cómo se movía por el apartamento de Sato con una familiaridad casi insultante, invadiendo el espacio con elegancia perezosa. No era una autoridad rígida; era algo mucho peor. Era una autoridad intelectual que te invitaba a confiar, una trampa de seda diseñada para que bajaras la guardia.

Me va a tocar jugar a la niña tonta para salir de esta, pensó, apretando los dedos contra la palma de la mano.

—Estoy esperando su respuesta —recordó el profesor mientras la observaba fijamente.

—¿Eh? Perdón —bajó los ojos fingiendo vergüenza.

—¿Recuerda cuando entró al aseo?

—Sí, señor. Estaba con mis compañeros de primero hablando, conociéndonos, me entraron ganas de hacer pipí y les pedí que me dejaran salir de la mesa para ir al cuarto de baño —utilizó cada palabra con la medida justa para parecer una niña buena.

—Está bien, señorita Volkova —ladeó la cabeza y siguió observándola—. Y una vez dentro, ¿vio algo que le llamase la atención?

—No, señor. —Se ruborizó un poco—. Pero... me resulta un poco raro hablar sobre hacer mis necesidades. —Lo miró a los ojos fugazmente y desvió la vista al suelo.

—Tranquila, ya casi hemos terminado.

—Vale —respondió suspirando ligeramente.

—Parece muy nerviosa.

—Es que... —Jugeteó con los dedos—. Nunca había estado a solas con un hombre.

Vance soltó una carcajada seca, un sonido breve pero genuino que rompió la atmósfera de la estancia. No se movió, encogió los hombros ligeramente y centró la mirada en sus propios zapatos.

—Vaya, señorita Volkova... —Relajó su postura y soltó un suspiro—. Por un momento olvidé que, bajo ese uniforme, sigue siendo usted una estudiante de primer año.

—Lo siento. —Levantó los ojos sutilmente para estudiarlo de arriba abajo y comenzó a temblar de manera casi imperceptible.

Tropezó con sus propias palabras para que él lo notase. El ligero rubor en sus mejillas debió terminar de convencerlo. Sabía lo que estaba pensando: aquella «violenta agresión» no podía haber sido cometida por la dulce señorita Volkova.

El profesor debía de ser el tipo de persona que siempre buscaba mentes complejas y sombras retorcidas. Leyó al instante su lenguaje corporal y se dio cuenta de que la jugada le había salido bien. Lo había convencido de que ella era simplemente una espectadora desafortunada, una pieza de decoración que estuvo en el lugar equivocado.

—Sinceramente —habló él, cerrando la *tablet* con un chasquido definitivo—, creo que su mayor crimen hoy ha sido el miedo a que la castiguen por nada. Puede irse.

Se apartó del escritorio y le dio la espalda para observar de nuevo las plantas de la habitación.

Asintió débilmente, murmuró un «gracias, señor» casi inaudible y se dirigió a la puerta.

—No obstante, antes de que se vaya, ¿puedo hacerle una última pregunta?

—Por supuesto, señor —respondió de nuevo en su papel de niña tímida.

Vance cruzó la estancia en apenas un segundo, como si volase sobre el suelo, hasta quedar a escasos centímetros. Invadió por completo su espacio personal dejando que el aroma de su perfume —amargo, seguramente caro— la envolviese.

La sangre se le heló al tenerlo tan cerca.

Él se inclinó ligeramente, reduciendo la diferencia de altura, y la observó fijamente a los ojos. Por un momento pensó que iba a besarla, su corazón se aceleró y apretó los puños, dispuesta a golpearle si se atrevía.

Pero no lo hizo.

Solamente sonrió y lanzó una sencilla pregunta.

—¿Por qué se detuvo durante medio segundo antes de entrar al aseo?